

El petróleo: vuela y juega

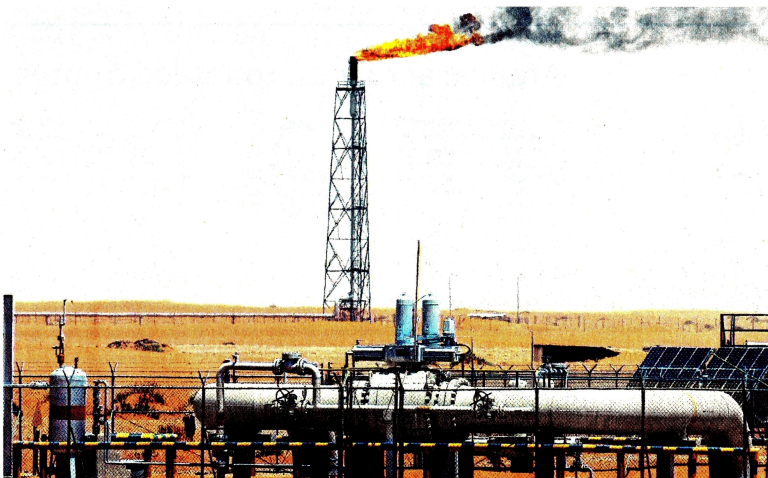


ANALISTA SENIOR

RICARDO ÁVILA PINTO • ESPECIAL PARA EL TIEMPO

@ravilapinto

Los precios de los combustibles han vuelto a subir y se convierten en riesgo para unos y oportunidad para otros. Colombia tiene que decidir dónde ubicarse.



Si los planes se cumplen, es probable que el bombeo de crudo en Colombia llegue a los 800.000 barriles diarios en el segundo semestre. EFE

Es muy probable que buena parte de los habitantes del planeta no logre ubicar en el mapa a Kazajistán, una antigua república soviética vecina del mar Caspio.

Sí, claro, los aficionados del ciclismo sabrán del equipo Astana —que volvió a incorporar en sus filas al colombiano Miguel Ángel López para la actual temporada—, cuyo nombre es el mismo que tuvo la capital de esta nación de casi 19 millones de personas, antes de ser rebautizada como Nur-Sultán.

Pero quien haya visto las noticias por estos días tendrá claro que en ese lugar del Asia central la tensión está en su punto máximo, tras las protestas masivas que comenzaron al inicio del año.

La brutal represión desatada por el régimen de Kasim-Youmart Tokáyev, que cuenta con el apoyo militar de Rusia, se mide en decenas de vidas, que seguramente serán muchas más tras la orden de disparar sin previo aviso contra los manifestantes.

Aunque los motivos de la ira popular son muchos, más de un observador tomó nota de que la gota que rebosó el vaso fue el aumento en el precio de los combustibles, en particular, en el gas vehicular.

Más allá de que la política de desmonte de subsidios estaba anunciada desde tiempo atrás, el incremento más reciente resultó ser enorme por cuenta del alza observada en la cotización internacional de los hidrocarburos.

De ahí que el comportamiento del valor del petróleo comienza a tener una connotación política, que no es de poca monta. Esta semana, Donald Trump, quien es amo y señor del Partido Republicano, con el que aspira a volver al poder en 2025, usó el argumento del costo de la gasolina para irse en contra de su sucesor en la Casa Blanca, Joe Biden.

No hay duda de que muchos estadounidenses le darán la razón, por lo cual la apuesta es que los demócratas perderán la frágil mayoría con la que cuentan en el Congreso.

Estar obligados a pagar más por una ‘tanqueada’ será un aliciente adicional para castigar a la bancada que respalda al gobierno en Washington en las elecciones legislativas del próximo noviembre.

La encrucijada

Y ese dolor de bolsillo para los automovilistas probablemente se haga más intenso si se

cumplen los pronósticos que hacen los estudiosos. El banco de inversión JP Morgan habla de un escenario de precios del crudo que oscilará entre 80 y 125 dólares por barril este año. Es indudable que el margen de error de cualquier ejercicio de futurología es elevado. Sin embargo, todo apunta a que el petróleo se mantendrá arriba debido a que la demanda sigue en aumento, mientras que la oferta se demora en responder.

Parte de la explicación radica en la voluntad de los países que integran el cartel de la Opec, junto con Rusia, de no abrir de masiado las válvulas. Incluso un alza de 400.000 barriles diarios en los suministros, que debería concretarse pronto, escasamente calmará el apetito de las bolsas de bienes primarios.

JP Morgan sostiene que para finales de 2022 el consumo mundial llegará a su punto máximo de la historia, cercano a los 100 millones de barriles diarios. Los temores que suscitó la variante ómicron, en el sentido de llevar a nuevas cuarentenas que afectarían la movilidad, se disiparon.

Ahora es evidente que el precepto es convivir con el virus, y más con una cepa que, así sea altamente contagiosa, apunta a ser mucho menos letal. De ahí que la cotidianidad sigue sin muchas alteraciones en la mayoría de las latitudes.

Hasta hace unos años, un período de cotizaciones en pleno ascenso se traducía en inversiones significativas, orientadas a explorar y extraer más crudo para sacar partido de la bonanza. Bajo esa lógica, la generación de excedentes era cues-

tión de tiempo y el ciclo a la baja volvía a operar.

No obstante, las cosas parecen funcionar de manera diferente en la presente ocasión. Un reporte de la firma Welligence Energy Analytics muestra que, si bien los capitales empleados por el segmento de los hidrocarburos subirán un 17 por ciento este año a nivel global, el monto todavía estará por debajo del observado en 2019.

Las explicaciones centrales son dos. De un lado, muchas firmas están más concentradas en mantener márgenes saludables y mejorar rentabilidad que en tomar riesgos excesivos. Del otro, es más difícil acceder a fuentes de fondos ante la reticencia de muchas entidades a financiar la búsqueda de combustibles fósiles, cuyo uso masivo es la principal causa del calentamiento global.

Como resultado, nada hace pensar en una actividad febril para ubicar nuevos yacimientos. Aunque la búsqueda seguirá, será menos intensa que antes, y eso, combinado con el agotamiento paulatino de los campos existentes, se traducirá en una presión estructural sobre el mercado que pudiese ser más intensa debido a la geopolítica o eventos fortuitos como los desastres naturales.

Ganadores y perdedores

Al respecto, no faltará quien diga que al cabo de unos años la transición energética llevará a que se necesite menos petróleo.

A fin de cuentas, la generación de electricidad a partir de fuentes renovables no convencionales, como viento o luz solar, junto con los vehículos movidos por baterías forman parte de una realidad cada vez más presente.

El problema es que el cambio no está sincronizado. De hecho, hay quienes opinan que la probabilidad de crisis que disparen el valor del crudo es mayor ahora que antes. Incluso si nada traumático ocurre, son más los que pronostican un barril cercano o por encima de los 80 dólares —como ahora— que los que prevén desastrosas importaciones.

No es la primera vez que se alcanza ese guarismo, pues el barril por encima de 100 dólares fue la norma hasta antes de mediados de 2014. Pero a diferencia de lo observado en aquella época, hay un desafío macroeconómico de marca mayor: la inflación.

Ahora los insumos energéticos son descritos como uno de los principales culpables de los aumentos en el nivel general de

precios, tanto en las economías desarrolladas como en las emergentes.

Aparte del crudo, hay cuellos de botella con el gas natural —como lo atestiguan los europeos— o con el carbón, cuyas cotizaciones permanecen muy por encima del promedio de antes de la pandemia.

Mayores costos de electricidad y de transporte tienen una importante cuota de responsabilidad en el comportamiento de la cesta, para no hablar de los fertilizantes, indispensables en la producción de alimentos.

En respuesta, los bancos centrales se están quedando sin alternativa distinta a subir intereses, algo que traerá trastornos en múltiples frentes.

Y aunque eventualmente llegará el momento en el cual el ritmo inflacionario retorne al curso de moderación deseado, el desafío para las autoridades monetarias es mayor en las condiciones actuales. Además, el descontento previsible de las poblaciones enteras por el mayor costo de vida, con repercusiones sobre la política y el propio clima social.

Claro que no todos estarán del lado de los perdedores. Los productores que logren aprovechar la cresta de la ola vivirán una verdadera bonanza que puede prolongarse durante algunos años.

A lo mejor es la última porque la transición energética es irreversible, pero hasta que no llegue del todo servirá para recordar que aquellos que anticiparon la rápida desaparición de los combustibles fósiles estaban equivocados.

Sin duda alguna, ante la amenaza del cambio climático, sería ideal una transición mucho más veloz. Pero una cosa es pensar con el deseo y otra la que muestra la realidad de dependencia en las fuentes de energía que han mandado la parada a lo largo de un siglo y medio.

Opciones sobre la mesa

Mientras se concretan las transformaciones citadas, Colombia está obligada a tomar decisiones racionales. Si bien la economía se beneficiará en el corto plazo por cuenta de mayores ingresos de exportaciones y recaudos tributarios más altos en caso de que el petróleo permanezca donde está, el debate de fondo es la estrategia para lo que queda de esta década y la próxima.

Por ahora, las cosas marchan bien. Ecopetrol, para citar el referente de la industria en el país, tiene para 2022 un plan de inversiones que oscila entre 4.800 y 5.800 millones de dóla-

res, de los cuales el 70 por ciento se destinará a proyectos en el territorio nacional. Con un presupuesto construido bajo un escenario de 63 dólares por barril de la variedad Brent, las cosas pintan de manera muy positiva para la compañía de mayoría estatal.

“Estamos hablando de perforar más de 500 pozos de desarrollo y unos 24 exploratorios”, señala Felipe Bayón, presidente de la entidad. “Buscamos alcanzar una producción cercana a los 705.000 barriles diarios, de los cuales el 81 por ciento sería petróleo y el 19 por ciento restante en gas equivalente”, agrega.

Un promisorio hallazgo en jurisdicción de Aguazul, Casanare, dado a conocer a comienzos de noviembre, confirma que hay riquezas por explotar en el subsuelo. “Las señales que estamos recibiendo apuntan a una reactivación muy importante de las inversiones de la industria a niveles similares a los de antes de la pandemia”, subraya Armando Zamora, presidente de la Agencia Nacional de Hidrocarburos.

Para el funcionario, si los planes se cumplen, es probable que el bombeo de crudo llegue a los 800.000 barriles diarios en el segundo semestre. Durante los primeros diez meses de 2021, el nivel alcanzado apenas fue de 734.318 barriles, muy lejos de los registros previos al coronavirus.

No obstante, hay que mirar más allá. Esto comprende el desarrollo de los promisorios depósitos de gas en el Caribe, al igual que un debate ilustrado sobre el polémico *fracking*, que sea más basado en evidencias científicas que en emociones o verdades a medias.

De ahí que resulten claves los proyectos piloto en el Magdalena Medio, que darán evidencia sobre los efectos que pueden traer las técnicas no convencionales de perforación sobre sistemas de producción de gas, entre otros asuntos de interés.

Todo depende, claro está, de lo que suceda en las elecciones presidenciales. Son conocidas, por ejemplo, las posturas de Gustavo Petro sobre la necesidad de suspender la exploración y dejar atrás el llamado modelo extractivista en favor de opciones más verdes.

El problema, señalan los conocedores, está en quedarse con el pecado y sin el género. Adoptar decisiones que ocasionen la pérdida de la autosuficiencia que hoy existe tanto en petróleo como en gas no solo significaría renunciar a la búsqueda de los precios internacionales, sino depender de las importaciones.

A este respecto, vale la pena recordar que el consumo interno de gasolina y ACPM está en un nivel récord. En ello pesa no solo la reactivación de la economía, sino la desaparición de Venezuela como proveedor informal, algo que también se nota en la frontera con Ecuador.

Una comparación regional revela que el valor de los combustibles en Colombia es uno de los más bajos de América Latina. La Asociación Colombiana del Petróleo calcula que en 2021 el diferencial entre los precios de partida y el de venta en las estaciones de servicio llevó a un subsidio promedio de 3.000 pesos por galón.

Debido a ello, el Fondo de Estabilización de Precios de los Combustibles que administra Ecopetrol muestra un cuantioso déficit. No obstante, un pago reciente de la nación por 3,85 billones de pesos, el saldo de la cuenta por cancelar con corte a noviembre pasado quedó en 6,3 billones, que podría aumentarse en 2022 a pesar del alza en el galón decretada a comienzos de enero.

Por tal razón, el próximo gobierno deberá tomar el toro por los cuernos, lo cual pasa por señalar cifras y trazar una buena hoja de ruta. Esa es la manera adecuada para que el petróleo pueda ser sinónimo de progreso, mientras se extrae de manera responsable, durante todo el tiempo que sea posible.